



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons  
Atribución 4.0 Internacional (BY-NC-ND)

## LA INTERDISCIPLINARIEDAD COMO MODO DE SER DE LA UNIVERSIDAD

INTERDISCIPLINARY AS A WAY OF BEING OF THE UNIVERSITY

*Pablo Emanuel García*

Universidad Católica San Pablo, Arequipa, Perú

### **Resumen**

*El artículo analiza el papel fundamental que cumple la interdisciplinarietà en la universidad, especialmente en las de inspiración cristiana. Para elaborar el trabajo, primero, partiré del vínculo entre la interdisciplinarietà y la verdad; segundo, explicaré cómo la búsqueda común de la verdad llega a conformar una expresión sinfónica. Tercero, analizaré la relación entre interdisciplinarietà y especialización. Y cuarto, destacaré la importancia de considerar algunos rasgos que deben estar presente en los investigadores para llevar a cabo la tarea universitaria. Concluiré mostrando cómo la universidad puede constituirse en fuente de esperanza para el hombre actual.*

*Palabras clave: Interdisciplinarietà, universidad, verdad.*

### **Abstract**

*The article analyzes the fundamental role of interdisciplinarity in the university, particularly in those academies formed from Christian inspiration. To elaborate on this work, first, I begin with the link between interdisciplinarity and truth; second, I explain how the shared search for truth comes from a symphonic expression. Third, I analyze the relationship between interdisciplinarity and specialization. And fourth, I emphasize the importance of considering some characteristics of researchers that must be present to carry out the university's task. I conclude by describing how the university can be a source of hope for modern man.*

*Key words: Interdisciplinarity, university, truth.*

## Introducción

El presente artículo busca analizar el papel fundamental que cumple la interdisciplinariedad en la universidad, especialmente en las de inspiración cristiana. Desarrollaré esta cuestión en base a algunos interrogantes. ¿Qué papel ocupa la verdad en las relaciones entre las diversas disciplinas?, ¿qué lugar tiene la interdisciplinariedad a la hora de entender el modo de ser de la universidad?, ¿cómo se inserta la teología en este contexto?, ¿cómo conjugar la especialización, a la que se tiende cada vez más, con la apertura a otros saberes?, ¿qué importancia tienen algunas virtudes en la labor investigativa?

Para elaborar el trabajo, primero, partiré del vínculo entre la interdisciplinariedad y la verdad; segundo, explicaré cómo la búsqueda común de la verdad llega a conformar una expresión sinfónica. Tercero, analizaré la relación entre interdisciplinariedad y especialización. Y cuarto, destacaré la importancia de considerar algunos rasgos que deben estar presente en los investigadores para llevar a cabo la tarea universitaria. Concluiré mostrando cómo la universidad puede constituirse en fuente de esperanza para el hombre actual.

### La interdisciplinariedad como búsqueda de la verdad

Juan Arana (2004a) afirma que «la ciencia tiene tanto que ver con el descubrimiento de la verdad como la filosofía, y que cuando se ha pretendido lo contrario ha sido malo para la verdad, para la

ciencia y para la propia filosofía» (p. 70). Pero establecer qué aspectos de la verdad estudia cada saber no es sencillo y Arana muestra cómo a lo largo de la historia esto ha ido variando.

En la antigüedad, la distinción entre apariencia (*faínomén*) y verdad, entre lo accidental y lo esencial, permitía diferenciar y relacionar los saberes. Según Arana (2004a), esto entra en crisis en la modernidad con la distinción entre verdades físicas y metafísicas, donde la primera es buscada por la ciencia y la segunda por la filosofía, cuestión que llevó al distanciamiento de los conocimientos. Por un lado, los científicos buscaron hacer de su método el único camino para entender toda la realidad; y por otro, los filósofos desdeñaban la ciencia considerándola solamente en su dimensión práctica. Esta separación cada vez más profunda entre estos dos ámbitos del saber se radicaliza al final de la época moderna. Comte, frente a la tradición idealista, propone a la ciencia positiva como el culmen del progreso intelectual de la humanidad, una instancia superadora del estadio teológico y metafísico. Por su parte, Kant intenta salvar los espacios propios de la ciencia y la filosofía con la distinción entre fenómeno y noúmeno, pero a costa de relegar el estudio físico al orden de la apariencia, es decir, alejándolo del ser de las cosas.

En el siglo XX, la distinción tajante de los campos de estudio fue diluyéndose al generarse una confluencia de intereses entre teólogos, filósofos y científicos. Entre estos últimos hubo quienes pensaban que la verdad sí formaba parte de su labor,

aunque encontraban que, a veces, sus propuestas eran contradictorias con la de los filósofos y teólogos. Esto generó entre los científicos creyentes ciertos conflictos, que algunos, como Pierre Duhem, buscaron resolver asumiendo la propuesta *convencionalista*, es decir, intentando salvar los fenómenos sosteniendo que es posible interpretarlos de múltiples formas, ya que serían tan ambiguos que no conducirían a una conclusión unívoca (Arana, 2004a).

Según Arana (2004a), el convencionalismo dejó de ser una opción para los investigadores. Si analizamos los intereses actuales de los científicos, podemos notar que hay un deseo por saber cómo es la realidad. Preguntarse sobre cuestiones que antes eran tratadas exclusivamente por la filosofía y la religión manifiesta que tienen la certeza de poder decir algo sobre ello. Como expresaba Javier Novo (2015), el conocimiento científico no está reñido con la verdad; por el contrario, nos permite dotar de significado a procesos que parecerían no tenerlo. Es decir, la ciencia nos abre una dimensión de la realidad que hasta el momento parecía ininteligible.

Por lo tanto, la búsqueda de la verdad puede considerarse el criterio unificador del diálogo interdisciplinar, el punto en el que convergen todos los intereses legítimos de científicos, filósofos y teólogos. Evandro Agazzi (2011) afirma que la interdisciplinariedad se suscita frente a un problema complejo, es decir que el horizonte de este encuentro de saberes tiene como meta entender mejor la realidad, ya

que de este modo «se pueden captar más aspectos suyos, se explora más a fondo su riqueza» (p. 236).

### **La sinfonía de la verdad en la Universidad**

El diálogo interdisciplinar encuentra su lugar natural en la vida universitaria dado que la universidad consiste en el vínculo entre maestros y alumnos de diversas áreas reunidos libremente en la búsqueda de la verdad. Y, como afirmaba Romano Guardini (2012), el objetivo fundamental de la tarea universitaria es buscar la verdad por sí misma, es decir, considerada como un fin y no como medio para otra cosa. «[D]escubrir esto de modo siempre nuevo, experimentarlo y anunciarlo» (Guardini, 2012, p. 17) es tarea de la universidad. Para Guardini, esta verdad que busca el académico se fundamenta en última instancia en la Inteligencia Divina, en una Realidad que la sobreabunda y sin la cual nada podría ser cognoscible.

Por ello, no es casualidad que fuera la Iglesia quien promoviera la institución universitaria, pues la fe cristiana nos habla de Cristo como el Logos por quien todo fue hecho (cf. Jn 1,3), y del ser humano creado a imagen y semejanza de Dios. Esa buena noticia descubre una racionalidad en todo lo creado y contempla al hombre como una criatura que participa y puede llegar a reconocer esa racionalidad. (Benedicto XVI, 2011, párr. 6)

Esta manera de entender la realidad y el conocimiento nos lleva a afirmar como un hecho natural la presencia de la religión —y de la teología como reflexión racional

sobre ella— en la universidad. Pero Javier Sánchez (2015) indicaba que la relación entre ciencia y religión no siempre se concibió de la misma manera. Para él, hay al menos cuatro formas de entender este vínculo. En primer lugar, la relación puede explicarse de un *modo conflictivo*, donde una excluye a la otra. Esta visión tiene la dificultad de no dar cuenta de la capacidad de cada área para alcanzar la verdad. En segundo término, como dos ámbitos diversos, donde la ciencia se ocupa del cómo y la religión del por qué. Aquí se evita el conflicto pero no se explica la confluencia que muchas veces se da en el objeto de estudio: a la ciencia también le interesan los por qué y a la religión el cómo. En tercer lugar, puede entenderse como *integración* de un área en otra, pero aquí desaparecerían las particularidades propias de cada una. Y por último, la relación ciencia-religión podría concebirse como un *diálogo* en el que se mantienen las características de cada área y donde hay confluencia de intereses. Aquí, la ciencia se plantea cosas que van más allá de ella misma y pregunta a la religión; por su parte, la religión pregunta a la ciencia esperando encontrar respuestas a diversas cuestiones, como por ejemplo, el modo de entender a la persona humana. Para Sánchez (2015), este último modelo es el que mejor resulta para explicar la relación interdisciplinar.

En esta misma línea, Pablo Blanco (2015) recordaba la idea que John Henry Newman solía repetir: «la verdad no puede ser contraria a la verdad» (2014, p. 233); en consecuencia, no puede haber oposición entre ciencia, filosofía y teología. La verdad

es el horizonte común y permite la armonía entre las disciplinas. Para Blanco, esto se expresa en la colaboración de los saberes, no en una estructura piramidal. Por eso, pienso que en vez de poner el acento en la jerarquía de los saberes —que en la práctica dificulta el intercambio de manera fructífera— debe reconocerse la complejidad de la realidad y la necesidad de un intercambio que afecte realmente la comprensión de la realidad en cada disciplina. Y como sostenía Blanco, esto reclama la formación de una nueva modernidad, donde se amplíe la razón, abriéndola al mundo de la ética, la religión, los valores, el arte, etc. Pero también se requiere apertura por parte de los filósofos y teólogos para dejarse interpelear por las conclusiones científicas. Por eso, Josef Pieper (2008) dice acertadamente:

Quien, pues, se pregunta de manera filosófica por la esencia del hombre, destruiría el carácter filosófico de dicha pregunta, si dijese algo así como: “Las informaciones de la Medicina, la Psicología, la Genética no me interesan, por cuanto que yo me estoy preguntado por la esencia metafísica del hombre”. Pero también cesaría de filosofar si dijese: “No me interesa que la tradición religiosa persista en que el hombre, en virtud de un cierto suceso primordial, no es lo que podría y debería ser”. Asimismo, el carácter filosófico del punto de partida de la indagación se vería destruido si alguno sostuviese: “Lo único que me interesa es lo cognoscible de manera *clara y distinta*, lo que puede ser verificado críticamente; sólo quiero conocer lo que es posible de ser evidente de manera necesaria y lo que puede ser probado exactamente” (pp. 43-44).

José Ortega y Gasset (2002) comparte de algún modo la importancia de la búsqueda de la verdad y la necesidad de una noción amplia de razón —y por tanto de universidad—. El filósofo español sostiene que lo que caracteriza esencialmente a la ciencia es «la fruición por lo problemático» (p. 61), a diferencia de las profesiones que están orientadas a brindar soluciones prácticas a determinadas cuestiones. Para él, esta distinción puede compararse a la establecida entre ciencia y cultura. Este último concepto es definido como «el sistema de ideas *desde* las cuales el tiempo vive» (p. 62), es decir, refiere a la cosmovisión presente en toda persona a partir de la cual se actúa de un modo determinado. La ciencia es una parte de esa cultura, no todo. Y, así como la profesión asume de la ciencia lo que le sirve para su tarea; de modo semejante, la cultura incorpora lo vitalmente necesario y deja de lado lo que corresponde al orden puramente técnico de un saber. Cabe notar que, si bien la cultura es más amplia que la ciencia, en la actualidad esta última tiene un rol fundamental porque determina el contenido de la primera. Ortega y Gasset indica que es posible notar un acto de *fe vital* en el saber científico, cosa que no siempre fue así; en otras épocas, la cultura estaba definida por áreas distintas, como la religiosa.

Ahora bien, la universidad tiene que ver no solo con la ciencia sino también, y sobre todo, con la cultura. Para Ortega y Gasset, la universidad debe ilustrar al hombre, tiene la tarea de «enseñarle la plena cultura del tiempo, de descubrirle con claridad y precisión el gigantesco mundo presente, donde tiene que

encajarse su vida para ser auténtica» (p. 67). Para él, esto requiere establecer una *facultad de cultura*, donde se trate cada ciencia pero de modo vital. Para ello se necesita realizar una reflexión sobre los métodos de enseñanza de la ciencia, eliminando todo lo que no sea fundamental, lo que posibilitará que los estudiantes sean capaces de sintetizar mayores conocimientos. Esto conlleva también rechazar el tecnicismo, que conduce al científico a ser un «bárbaro que sabe mucho de una cosa» (p. 71).

Solo aquellos formados en este nuevo espíritu universitario serían capaces de ser buenos profesores. Según Ortega y Gasset (2002), el investigador no suele estar preocupado por enseñar, sino solo por su ciencia, y esto es lo que —para él— hace difícil encontrar un maestro en la universidad alemana, orientada fundamentalmente a la tarea investigativa. Como afirmaba Rafael García (2015), en el origen de las universidades modernas, la investigación era la característica fundamental del modelo alemán, motivo por el cual tenían gran valor los seminarios organizados en torno a algún científico. Pero además de esto se buscaba formar el carácter de los estudiantes y dotarlos de una cultura amplia. El objetivo no era profesionalizante, como en el modelo francés que se caracterizaba por una fuerte presencia del Estado, donde los docentes eran funcionarios para gobernar la nación a través de la educación. Aquí, el interés estaba centrado en la capacitación profesional más que en la formación de investigadores, lo que hizo que esta tarea se desarrolle fuera de la universidad.

Sin entrar a discutir la afirmación de Ortega y Gasset sobre la ausencia de verdaderos maestros en la universidad alemana, es verdad que conocer de una ciencia no es lo mismo que saber enseñarla. La enseñanza es un plus al conocimiento de una disciplina, por lo que investigación y docencia no están reñidas sino que son complementarias. El buen docente necesita ser buen investigador y el estudio profundo de una ciencia lleva a comunicarla a los demás. Esta transmisión no es fácil y requiere un perfeccionamiento particular para ello. Además, como indicaba el filósofo español, es necesario que el investigador tenga una cultura amplia y esto reclama apertura a otros modos de entender la realidad.

Por lo dicho hasta aquí, es patente que la cuestión del vínculo interdisciplinar en orden al encuentro con la verdad es esencial para la vida universitaria. Ahora bien, ¿cómo debe realizarse concretamente este diálogo entre diversos saberes? La temática no es sencilla pero intentaremos sintetizar algunos aportes.

### ***¿Especialización vs interdisciplinariedad?***

La búsqueda de la verdad ha llevado a la ciencia a una especialización cada vez mayor. La necesidad de perfeccionarse en un tema puntual es un hecho en el ámbito académico y un requisito necesario para formar parte de la institución universitaria. Esto afecta no solo a las ciencias empíricas, sino también a la filosofía y a la teología, que son saberes universales —en cuanto buscan conocer

todo lo real esencialmente— pero a la hora de investigar centran su atención en cuestión específica.

Si bien esto tiene sus beneficios, ya que es posible entender algo con mayor detalle, también conlleva el riesgo de impedir el diálogo entre los diversos saberes, cosa que efectivamente se ha dado. Juan Arana (2004b) compara este hecho con el relato bíblico de la torre de Babel, ya que aquí también los diferentes lenguajes de cada disciplina muchas veces impiden la comunicación. Este autor plantea un programa de solución para esta dificultad que contiene dos partes: el *desarme lingüístico y metodológico de la ciencia* y la *síntesis teórica* (p. 21). Esto se plasmaría en diversos pasos: la eliminación del vocabulario especializado y cualquier elemento que restrinja; el reemplazo de expresiones matemáticas y formales por «esquemas teóricos basados en la lógica natural» (p. 21); la elaboración de estados de la cuestión de cada área del saber; el establecimiento de los aportes que otras disciplinas pueden hacer a una ciencia; identificar los puntos débiles de los argumentos referidos a las limitaciones de un saber, buscando garantizar la seriedad de las críticas; esbozar elaboraciones que trasciendan los intereses de la propia ciencia; elaborar sugerencias para otras áreas; desechar toda la información que no sea relevante para la discusión de los problemas fundamentales de las ciencias; poner la atención en la realidad, es decir, discutir a nivel ontológico; y reconocer el beneficio de que haya

confluencia de objetos de estudios entre diversas ciencias.

Como afirmaba Ana Marta González (2015), la interdisciplinariedad se propone como solución a la creciente especialización, aunque esto no implica vaguedad en la propia área, por el contrario, debe haber precisión en cada saber para luego entrar en diálogo con los demás. En la misma línea, Javier Novo (2015) sostenía que no puede haber interdisciplinariedad si cada uno no es más o menos experto en la suya. Para él, es necesario hacerse preguntas serias, profundas, y la interdisciplinariedad ayuda a enfrentarse a esto. Por su parte, Jaime Nubiola (2015) acentúa este aspecto afirmando que la multitarea es un engaño, es necesario especializarse prestando atención a una cosa por vez.

Por lo tanto, la especialización no está reñida con la interdisciplinariedad, si se la entiende bien. Es necesario ser un buen científico, filósofo o teólogo en el área en la que cada uno se encuentre y desde allí abrirse a las demás disciplinas. Por tanto, la interdisciplinariedad no exige que un único individuo desarrolle todas las disciplinas o que las diferencias entre los saberes se diluyan para constituir una ciencia omniabarcadora. La filosofía de la mente contemporánea es un ámbito propicio para ejemplificar sobre esto porque desde su origen se ha planteado como una serie de debates interdisciplinarios. Entre las distintas corrientes que forman parte de este ámbito, me detendré en la fenomenología ya que es la menos conocida entre

los partidarios de este modo de filosofar. La filosofía de la mente está dominada por filósofos analíticos, sin embargo, la tradición fundada por Husserl se ha mostrado útil a la hora de explicar algunas temáticas importantes, como la conciencia, la intencionalidad, el yo, la dimensión encarnada y temporal, la intersubjetividad, entre otras. La propuesta de Dan Zahavi es un ejemplo claro de esto. En su obra, la interdisciplinariedad puede entenderse haciendo referencia a dos temáticas: la distinción y relación entre perspectiva de primera persona y perspectiva de tercera persona, y el tema de la naturalización de la fenomenología.

En cuanto al primer aspecto, el filósofo danés sostiene que hay dos maneras de conocer la realidad: la perspectiva de primera persona y la de tercera persona. Una corresponde a la fenomenología y otra a la ciencia empírica. En base a esta distinción, algunos piensan que solo la perspectiva científica permite un conocimiento objetivo y universal de la realidad y que la correspondiente a la fenomenología brinda datos subjetivos y particulares. Sin embargo, conviene estar alertas sobre esta oposición. Zahavi y Gallagher (Gallagher & Zahavi, 2008) notan que la confrontación entre ambas perspectivas puede ser engañosa ya que los términos objetivo y subjetivo son ambiguos. Esta cuestión también fue puesta de manifiesto por otro filósofo de la mente, pero de tradición analítica: John Searle (2005, 2006). Él profundiza en esta temática

distinguiendo entre subjetividad y objetividad ontológica, y subjetividad y objetividad epistémica.

Siguiendo a Zahavi (2010), podemos decir, por un lado, que las dos perspectivas son objetivas porque quieren evitar sesgos o apreciaciones que dependan del gusto pasajero. También podemos afirmar que ambas son subjetivas en cuanto que son realizadas por un sujeto particular, ya que todo conocimiento es personal. Pero, por otro lado, es necesario afirmar que la perspectiva de primera persona es subjetiva —y no objetiva— en cuanto que considera la realidad como presente a la conciencia, como experimentada de una determinada manera. La fenomenología tiene en cuenta la dimensión subjetiva del conocimiento, cosa que no se atiende en la neurociencia por ejemplo. Por su parte, la perspectiva de tercera persona es objetiva —y no subjetiva— por dirigirse directamente a la realidad tratándola como una cosa, incluso cuando lo estudiado es el hombre mismo, es decir que se estudia el objeto sin considerar el aspecto subjetivo de sus actos. Estas diferencias en las perspectivas hacen que cada disciplina pueda aportar cosas diversas en el conocimiento de la misma realidad.

En cuanto a la cuestión de la naturalización, Zahavi (2010) se opone a una visión reduccionista y la entiende como un intercambio necesario entre la filosofía y la ciencia natural. Para él, debe haber cooperación entre las disciplinas sin abandono de las diferencias en orden a lograr un mutuo beneficio. La ciencia y la filosofía (podríamos agregar también a la

teología) se necesitan mutuamente, por lo que la relación debe ser bidireccional, no unidireccional. No puede haber reducción de un saber a otro, donde la fenomenología se diluya en la ciencia o esta última sea una deducción de la filosofía (Zahavi, 2010). El vínculo entre ellas debe consistir en una «*iluminación mutua*» (Gallagher & Zahavi, 2013).

### ***Modo de ser del investigador***

Si bien todo lo dicho anteriormente nos ayuda a entender la importancia del vínculo interdisciplinar en la universidad, esto no basta. Todo lo establecido termina siendo irrelevante sin personas concretas que realicen la tarea que les corresponde. Y para que los investigadores sean capaces de una tarea como esta deben contar con algunas características propias de todo académico. Luis Montuenga (2015) afrontó directamente la importancia de esta cuestión estableciendo algunas virtudes fundamentales para la tarea de investigación. A continuación se presentarán brevemente cada una de ellas enriqueciéndolas con otras propuestas.

En primer lugar, la *laboriosidad*, dado que es necesario ser un trabajador decidido y dedicado. Aunque también hay que aprender a no tener prisas porque hay problemas que no los vamos a resolver rápidamente. La segunda característica es la *laboriosidad orientada*, enfatizando la necesidad de especializarse, cuestión a la que ya hicimos referencia anteriormente. Estos dos rasgos encuentran su origen virtuoso en lo que Santiago Ramón y Cajal (2006) denomina *perseverancia en*

*el estudio*. Esta virtud puede considerarse una modalidad de la atención por la cual ésta se vuelve *crónica*, ya que el investigador es capaz de mantener la atención de todas sus facultades hacia un objeto de estudio durante meses o años. «No basta la atención expectante, ahincada; es preciso llegar a la preocupación» (p. 64), ya que solo de este modo es posible alcanzar respuestas a problemas difíciles. Emilio Komar (2008) indicaba lo mismo cuando afirmaba que para lograr nuestros objetivos en el estudio es necesario *fortaleza*, que permite seguir adelante ante las dificultades, ya que la investigación sería es «premio para los choques dolorosos sostenidos con la realidad» (párr. 15).

El tercer elemento propuesto por Montuenga es el *espíritu crítico*, por el cual es necesario relativizar las investigaciones, ajenas y propias. En la misma línea, Santiago Ramón y Cajal (2006) establece la *independencia de juicio* como la primera de las cualidades del intelectual. Por ella, el estudioso posee espíritu crítico con respecto a las obras del pasado, incluso de sus mismos maestros. Afirma que «[e]l libro no tiene en nosotros un devoto, sino un juez» (p. 61). Este científico critica la visión de escuela que muchas veces imposibilita el desarrollo de nuevas propuestas por la excesiva reverencia a los maestros. Si bien esto es así, esta cualidad debe ser complementada con la virtud de la *justicia*, que ayuda a «reconocer el mérito de cada uno y evitar iconoclastias insípidas» (Komar, 2008, párr. 26).

En cuarto lugar se requiere generosidad, porque la vida académica se realiza junto a

otros, a quienes tenemos que dar a conocer nuestro trabajo para que nos critiquen y así perfeccionar nuestra investigación. Aquí también se ubica la tarea docente. Ya que, como afirmaba Benedicto XVI (2011), los investigadores deben ser verdaderos maestros, «personas abiertas a la verdad total en las diferentes ramas del saber, sabiendo escuchar y viviendo en su propio interior ese diálogo interdisciplinar; personas convencidas, sobre todo, de la capacidad humana de avanzar en el camino hacia la verdad» (párr. 7). A partir de allí deben interesarse por la formación de los alumnos, a quienes hay que «comprender y querer» y hacer surgir el interés por la verdad. Esta tarea no es sencilla, requiere de la virtud de la *prudencia*, que «ayuda en primer lugar a establecer los fines razonables y en segundo lugar a encontrar los medios aptos para alcanzarlos» (Komar, 2008, párr. 33).

Ramón y Cajal (2006) relaciona la virtud de la prudencia con otras dos características: la *pasión por la gloria* —acompañada por el culto a la verdad— y el *patriotismo*. La primera hace, en alguna medida, que el sabio se asemeje al héroe, aunque aquel actúa en favor de la humanidad entera a diferencia de este que es exaltado solo por aquellos que forman parte de su grupo. Esta característica se complementa con el *patriotismo* porque la gloria que busca el científico en beneficio de la totalidad se realiza en una patria determinada, sin que ello conlleve el desprestigio de las demás.

La quinta y última característica mencionada por Montuenga fue la *humildad* para

reconocer los propios límites. Benedicto XVI (2011) afirmaba que la humildad es fundamental en la búsqueda de la verdad, ya que ella nos excede. Esta virtud es el contrapeso de lo que Ramón y Cajal (2006) sostenía al hablar del *gusto por la originalidad científica*, que refiere al deseo de descubrir nuevas verdades. Para Ramón y Cajal, el investigador es «ministro del progreso, sacerdote de la verdad y confidente del Creador» (p. 83), disfruta del gozo intelectual que le brinda el nuevo descubrimiento y no lo cambia por ningún otro. Pero para que este gozo intelectual no se desequilibre es necesario encauzarlo con la virtud de la *templanza* que, como indicaba Emilio Komar (2008), sirve para ordenar «la búsqueda desordenada de los placeres del intelecto» (párr. 9).

Estos rasgos no son fáciles de alcanzar. La situación actual presenta algunas dificultades que pueden hacernos caer en deformaciones de la vida universitaria. Siguiendo a Pieper (1997), podemos establecer dos actitudes opuestas a lo académico: la del funcionario y la del sofista. En primer lugar, el funcionario es el que encarna el “ideal del trabajador”, que no se interesa por lo académico, sino que considera al hombre como un «engranaje de las planificaciones organizadas» (p. 197). Es el que cumple su horario y está en la universidad solo por el prestigio que esto le puede dar para lograr negocios más rentables. La vida universitaria no es lo que le interesa y si pudiera lograr su cometido en otro ámbito, lo haría. En segundo lugar, el sofista, que parece un académico pero no lo es; por eso es más peligroso que el funcionario. Pieper

presenta cuatro versiones del sofista. (a) El relativista, encarnado históricamente por Protágoras, es el que niega directamente la verdad. Aquí se pierde el centro de la investigación universitaria. (b) El erudito, como Hipias, refiere a los que desconciertan por muchos saberes, pero solo como un «amontonamiento de materiales científicos y conocimientos» (p. 202), sin llegar a lo esencial. Es el que tiene mucha información pero sin unidad o el que publica muchas cosas, pero sin llegar a plantearse las cosas fundamentales de su disciplina. (c) El tercer tipo es el especialista, como Pródico. Son aquellos que buscan la hiperespecialización sin visión de totalidad, sin considerar que lo estudiado se inserta en el conjunto de la realidad, que es mucho más amplia y compleja de lo que pueden expresar desde su punto de vista. Esto los lleva a pensar que su disciplina dice todo o, por lo menos, lo más importante. (d) Por último, el nihilista que, como Gorgias, es elegante con las palabras pero sin decir algo importante. En la actualidad se nota en el que está educado solo en las formas sin importarle el contenido. O el que publica solo por publicar, sin interesarse por encontrar la verdad. Es el riesgo de publicar solo por el hecho de subir en el ranking, sin haber pensado suficientemente las cosas.

Atendiendo al contexto en el que nos encontramos, es importante enfatizar aquí que investigar no es sinónimo de producir textos indexados. Las exigencias de producción que se están generalizando en el contexto académico peruano tienen un gran valor. La publicación forma parte

de la naturaleza de la vida universitaria haciéndose propiamente universal, donde se exponen propuestas para ser pensadas y discutidas con o por otros, en el presente o en el futuro. De esta manera también se abre la posibilidad de aportar en ámbitos donde algunas propuestas son escasas o nulas. Además, la publicación puede ayudar a organizar mejor la actividad investigativa para hacerla más seria y profunda. Y exige, por otro lado, aprender a transmitir la verdad con claridad y belleza. Sin embargo, investigar es más exigente que publicar. El texto debe ser fruto del encuentro riguroso con la verdad. Si el horizonte es la publicación en sí misma, la tarea deja de tener sentido.

### **Conclusión: La universidad como fuente de esperanza para el hombre actual**

Como hemos visto, la verdad buscada por sí misma es el horizonte común a todas las disciplinas, el centro en torno al cual los diversos saberes se reúnen. Tanto los científicos como los filósofos y teólogos quieren saber más de la realidad y sin este objetivo su labor carece de sentido. Y esto se lleva a cabo en la universidad. Más aún, el vínculo interdisciplinar constituye el modo de ser de esta institución. Esta labor de integración de los saberes no es contradictoria con la necesaria especialización en cada área; por el contrario, si se busca el diálogo, es indispensable un estudio serio en el propio campo. No es una tarea sencilla, ya que requiere salir de la comodidad del propio conocimiento para buscar entender los contenidos y, aún más difícil, el modo de pensar

la realidad que tienen las otras áreas. Todo esto reclama un modo de ser en el investigador que le permita desarrollar su tarea adecuadamente. Las virtudes, intelectuales y morales, lo capacitan para orientarse a la búsqueda desinteresada por la verdad, que, como mencionamos el primer punto, es el horizonte al que se dirigen todos los saberes.

Entendiendo la vida universitaria de este modo, es posible concluir que esta institución se convierte fuente de esperanza para el hombre actual. En medio de acontecimientos que nos desaniman en el camino hacia el futuro, la universidad se erige como causa de esperanza para la sociedad. Tomás de Aquino (2011) decía que algo puede ser causa de la esperanza si «hace que algo sea posible al hombre, o [...] que éste juzgue que algo le es posible» (I-II, q. 40, a. 5, c.). En este sentido, la universidad es fuente de esperanza de dos maneras: (a) hace que algunas cosas sean posibles para los que conforman la comunidad educativa; (b) permite que las personas del resto de la sociedad juzguen que —gracias a la tarea universitaria— les es posible esperar algo nuevo.

(a) La universidad puede ser causa de la esperanza en cuanto que dispone a los miembros que la conforman a adquirir esta virtud, tanto en el orden natural como sobrenatural. Primero, porque su horizonte sigue siendo la búsqueda de la verdad. El escepticismo reinante es contrario a la naturaleza intelectual de la persona humana. Tampoco el racionalismo científico anterior a la posmodernidad responde a las inquietudes

intelectuales de la persona. Solo una inteligencia abierta a la totalidad de lo existente, en todas sus manifestaciones, puede llevar al hombre a la verdad que busca. En este sentido, la universidad es un ámbito privilegiado, donde tenemos la oportunidad de dedicar nuestras vidas a la búsqueda desinteresada de la verdad. Otros, por distintas circunstancias, deben estar preocupados por vivir el día a día, por conseguir lo necesario para el sustento cotidiano.

Segundo, la universidad también es fuente de esperanza para los que la conforman por su carácter comunitario. La esperanza se fortalece en el encuentro con los demás. Esta institución surgió así, como una agrupación de maestros y discípulos que buscaban la verdad, en continuidad con el ideal griego. *El pensador*, la escultura de Rodin, no es una imagen adecuada de un verdadero universitario. Ensimismado, sentado, casi como abatido, solo. Una universidad que proponga ese modelo para la vida académica está condenada al fracaso. El verdadero *pensador* puede ser representado, más bien, con *La escuela de Atenas* de Rafael. Donde los distintos estudiosos, incluso de diversas épocas, están reunidos en diálogo. Esto también se aplica al orden sobrenatural, ya que es en una comunidad —en la Iglesia— donde se recibe la esperanza teologal.

Esta virtud infusa nos hace tender a la bienaventuranza eterna, pero la salvación que Dios nos propone no es individualista sino comunitaria. No nos salvamos solos sino con los demás.

(b) También la universidad es fuente de esperanza para el resto de la sociedad. Ya que una sociedad en la que existen personas dedicadas a la búsqueda de la verdad en su totalidad y complementariedad puede estar segura de enfrentar el futuro más allá de las dificultades que puedan surgir. Esto no se basa en una esperanza vacía, como la que proponen las ideologías políticas, sino en la capacidad de las personas de seguir entendiendo mejor la realidad, fundamentados en la tradición pero abiertos a nuevas perspectivas. Es una esperanza, al fin y al cabo, fundada en la naturaleza creatural del hombre —inteligente y libre— y, por tanto, fundada en Dios.

La comunidad universitaria es fuente de esperanza para los que la conformamos y para los demás. Solo debemos vivir de acuerdo a la naturaleza que le corresponde. El hombre contemporáneo necesita que no renunciemos a ser lo que verdaderamente somos: un grupo de personas que buscan desinteresadamente la verdad, especialmente la verdad del hombre y de Dios.

## Referencias

- Agazzi, E. (2011). *La ciencia y el alma de occidente*. Madrid: Tecnos.
- Aquino, T. de (2011). *Summa Theologiae*. Corpus Thomisticum. (Roberto Busa y Enrique Alarcón, eds.). Descargado de: <http://www.corpusthomisticum.org/>
- Arana, J. (2004a). ¿Tiene algo que ver la ciencia con el descubrimiento de la verdad? En Juan Arana, *El caos del conocimiento. Del árbol de las ciencia a la maraña del saber* (pp. 69-85). Pamplona: Eunsa.
- Arana, J. (2004b). ¿Todavía es posible la interdisciplinariedad? En Juan Arana, *El caos del conocimiento. Del árbol de las ciencia a la maraña del saber* (pp. 13-22). Pamplona: Eunsa.
- Benedicto XVI. (19 de agosto de 2011). *Discurso en el encuentro con jóvenes profesores universitarios*. Basílica de San Lorenzo del Escorial con ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud. Descargado de: [https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2011/august/documents/hf\\_ben-xvi\\_spe\\_20110819\\_docenti-el-escorial.html](https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2011/august/documents/hf_ben-xvi_spe_20110819_docenti-el-escorial.html)
- Blanco, P. (2015). *Implicaciones de la teología para los distintos saberes*. Ponencia en el curso *Bases Antropológicas y Éticas de la Investigación en la Universidad*, Instituto de Antropología y Ética, Pamplona, España.
- Gallagher, S., & Zahavi, D. (2008). *The Phenomenological Mind: An Introduction to Philosophy of Mind and Cognitive Science*. London: Routledge.
- Gallagher, S., y Zahavi, D. (2013). *La mente fenomenológica* (2da ed.). Madrid: Alianza Editorial.
- García, R. (2015). *La institución universitaria en la Historia: tradiciones y modelos (Inglaterra, Francia, Alemania)*. Ponencia en el curso *Bases Antropológicas y Éticas de la Investigación en la Universidad*, Instituto de Antropología y Ética, Pamplona, España.
- González, A. M. (2015). *Los retos de la interdisciplinariedad*. Ponencia en el curso *Bases Antropológicas y Éticas de la Investigación en la Universidad*, Instituto de Antropología y Ética, Pamplona, España.
- Guardini, R. (2012). Homilía en la Misa de inauguración del semestre académico. En *Tres escritos sobre la universidad* (pp. 11-23) Pamplona: Eunsa.
- Komar, E. (2008/1956). *La formación intelectual*. Stamo Vivo. Descargado de: <http://stamovivo.blogspot.com/2008/05/la-formacin-intelectual-de-emilio-komar.html>

- Montuenga, L. (2015). *Cualidades intelectuales del investigador*. Ponencia en el curso *Bases Antropológicas y Éticas de la Investigación en la Universidad*, Instituto de Antropología y Ética, Pamplona, España.
- Newman, J. H. (2014). *La idea de universidad*. Madrid: Ediciones Encuentro.
- Novo, J. (2015). *Unidad del saber e interdisciplinariedad*. Ponencia en el curso *Bases Antropológicas y Éticas de la Investigación en la Universidad*, Instituto de Antropología y Ética, Pamplona, España.
- Nubiola, J. (2015). *Universidad y vida intelectual. Articulación de pensamiento y vida*. Ponencia en el curso *Bases Antropológicas y Éticas de la Investigación en la Universidad*, Instituto de Antropología y Ética, Pamplona, España.
- Ortega y Gasset, J. (2002). *Misión de la universidad y otros ensayos sobre educación y pedagogía*. Madrid: Alianza Editorial.
- Pieper, J. (1997). *El ocio y la vida intelectual*. (6ta. ed.). Madrid: Rialp.
- Pieper, J. (2008). *Filosofía, contemplación y sabiduría*. Buenos Aires: Agape.
- Ramón y Cajal, S. (2006). Cualidades de orden moral que debe poseer el investigador. En S. Ramón y Cajal, *Los tónicos de la voluntad* (pp. 59-85). Madrid: Gadir.
- Sánchez, J. (2015). *Ciencia y religión. Un diálogo ineludible*. Ponencia en el curso *Bases Antropológicas y Éticas de la Investigación en la Universidad*, Instituto de Antropología y Ética, Pamplona, España.
- Searle, J. R. (2005). *Libertad y neurobiología*. Barcelona: Paidós.
- Searle, J. R. (2006). *La mente: una breve introducción*. Bogotá: Norma.
- Zahavi, D. (2004). Phenomenology and the project of naturalization. *Phenomenology and the Cognitive Sciences*, 3(4), 331-347.
- Zahavi, D. (2010). Naturalized Phenomenology. En S. Gallagher y D. Schmicking (Eds.), *Handbook of Phenomenology and Cognitive Science* (pp. 2-19). Dordrecht: Springer.

Recibido: 01 de abril de 2019

Aceptado: 16 de julio de 2019